





EL ABEDUL

LOS QUE QUEDARON



Juan Antonio Miranda

EL ABEDUL

LOS QUE QUEDARON



Primera edición: mayo 2014

© Áltera 2005, S. L.

© Juan Antonio Miranda

ISBN: 978-84-942333-0-2

Depósito Legal: M-11100-2014

Ediciones Áltera

Bravo Murillo, 79

28003 Madrid

libros@altera.net

www.edicionesaltera.com

Diseño de cubierta: Luis C. Folgado de Torres

Corrección: M.^a del Mar Martínez-Navarro

Impresión: E-impresión Hispania

*Dedicado a Galina con mi amor y
agradecimiento; sin ella no hubiera sido
posible esta obra.*



¡El espíritu humano es libre!
Nada lo puede limitar:
ni los muros ni las rejas
ALEKSANDRA LVOVNA

Acordaos de los prisioneros,
de los que sufren torturas
como si estuviereis
en el mismo cuerpo.
HEBREOS, 13:03



Agradecimientos

Mi agradecimiento por los datos que me han proporcionado a:
Raisa Roslova, química por la Escuela Técnica de Novosibirsk.
Svetlana Sémina, doctora en medicina por la Universidad de Nizhny
Novgorod.

Y especialmente a mi amigo el periodista Víctor A. Cheretski, por la constante información sobre la sociedad rusa y sus precisas correcciones.

Y por sus apreciados consejos a mi hermano, el poeta José Luis Miranda, y a Merry Martínez-Navarro por su fe en la obra.



Preámbulo

Ayn Rand en su magnífica novela *Los que vivimos* narra el duro periodo que padeció la población rusa durante los primeros años de adaptación tras la Revolución Bolchevique. En *El abedul*, Juan Antonio Miranda evoca con total realismo el largo periodo de *los que quedaron* atrapados bajo el férreo telón de acero que construyó el régimen comunista, rememorando los momentos trágicos de la guerra civil rusa, de la invasión alemana y del cotidiano vivir de los millones de seres humanos que subsistieron bajo los gobiernos de Stalin, Kruschev y Brézhnev. Y tras la desaparición de este último, la imparable descomposición del régimen soviético hasta su derrumbe en diciembre de 1991.

Kira, la heroína de *Los que vivimos*, desde el primer momento va sintiendo cómo el colectivismo va haciendo mella en su familia y en el país entero, pero sobre todo y especialmente en su propio espíritu. Olga, la protagonista de *El abedul* ajena a toda actividad política, va descubriendo paulatinamente ese colectivismo, que choca frontalmente con su carácter individual y emprendedor.

A través de su lenta evolución, de su lucha por estudiar medicina, de su infructuosa aventura sentimental y de su tenacidad por escapar de la sucia ciénaga que construyó el marxismo leninismo, el autor va describiendo la dura vida en una aldea siberiana y en toda Rusia. Olga se siente una extraña en su propio país. Es como un abedul solitario en busca de su igual.

Cuando al final consigue salir de la ciénaga, y llega al soñado Occidente, se encuentra significativamente con una manifestación sindicalista, en la que portan la bandera roja comunista, que en su país había sido arriada. Atónita y sin poder entender lo que está viendo, a partir de ese momento no deja de cuestionarse el por qué el símbolo de la hoz y el martillo se pasea impunemente en Occidente. La respuesta se la dará el que sería su otro abedul: «En Estados Unidos oficialmente no hay Partido Comunista, pero está lleno de progresistas que han bebido de las fuentes del marxismo; y en su apéndice, Europa, ocurre tres cuartos de lo mismo. En Occidente el marxismo no ha muerto, a pesar de su demostrado fraca-

so, sigue vivo y, en la mayoría de los casos, disfrazado de un socialismo que se dice benefactor», mientras en Rusia, curiosamente, pervive en una minoría.

Al final de la novela, empezando el nuevo siglo, Olga en una visita que hace a su querido país, percibe que allí nada había cambiado. La ciénaga seguía. Rusia se hundía cada vez más en un caos que abarcaba todos los aspectos de la vida, y tanto en el plano político como en el económico y social se hallaba al borde de la bancarrota. Por ello, Olga «pidió en sus oraciones que su querida Rusia saliera de la ciénaga en la que el comunismo la había metido».

Como si los cielos, en cierta medida, la hubieran escuchado, en la Rusia actual, aparcados los principios del marxismo, y a pesar de los tics autoritarios del régimen de Putin, de la corrupción de muchos de los gerifaltes, de las mafias y su democracia más formal que real, ya nadie va a la cárcel por opiniones políticas, los salarios se han multiplicado, la tasa de pobreza se ha reducido, el desempleo ha bajado, el número de nacimientos aumentaron mientras los decesos descendieron, la esperanza de vida se ha incrementado, el número de asesinatos y suicidios han bajado, y las intoxicaciones por consumo de bebidas alcohólicas han disminuido considerablemente, mientras contemplamos como numerosos rusos viajan como turistas por todas las partes del mundo.

VÍCTOR A. CHERETSKI

PARTE PRIMERA



1

Febrero de 1960
Imat Aptékov y Luba Aptékova.
Nacimiento de Olga. La aldea de Kurupkaevka.
La mezquita y el colegio endemoniado.

Desde hacía tres días no paraba de nevar. Ya no había cielo, ni bosque, ni casas, ni lago, ni nada. Sólo nieve. El pequeño mundo que constituía la aldea de Kurupkaevka se fundía entre los abundantes copos blancos. Con dificultad, Imat Aptékov, ya había abierto por dos veces el sendero hacia su vivienda y por dos veces la imperturbable ventisca lo había vuelto a tapan. Temía que si seguía nevando con tanta intensidad, tendría que repetirlo una tercera vez para que la puerta no quedara bloqueada. Sin otro pensamiento, se adentró encorvado en el blanco temporal camino del *koljós*.

Mediaba febrero. El tártaro Imat, de estatura media, poca grasa pero de fuerte estructura, iba tranquilo y confiado a pesar de las embestidas del viento glacial que soportaba. Era lo natural, lo que siempre había vivido desde que tenía uso de razón. Lo importante ahora era comprobar el estado de las vacas y caballos, hacer los pertinentes análisis a la leche, y determinar con Asad Efímovich si por fin se decidía a efectuar una prueba para la fabricación de *kumís*, la leche de yegua batida que daba salud y embotaba los sentidos, sin tener que enviar la petición de permiso al *koljós* de Iuni Pioner.

Asad, como buen kazajo, soñaba con la producción de *kumís*, pero su naturaleza asustadiza y disciplinada, le obligaba a seguir los pasos establecidos por los protocolos de actuación.

—Son los que exige el Comité del *oblast* de Novosibirsk. Nadie debe saltarse la norma establecida.

—Protocolos, protocolos —protestó Imat—. Pérdida de tiempo. Mientras pides permiso a Iuni Pioner, y éste lo eleva a Novospask, y de Novospask a Barabinsk para que lo lleve a Novosibirsk y de Novosibirsk a Moscú, la leche que he preparado se habrá descompuesto.

—¿Cuántos litros tienes?

—Treinta.

—¿Cómo retuviste tantos? —preguntó con escándalo el temeroso presidente del *koljós*.

—No iba a hacer la prueba con menos.

—Bueno, bueno —comenzó Asad a pensar en voz alta—. Creo que sería más prudente distribuir la cantidad entre la producción de leche de yegua de esta semana. No puedo dejar de cumplir el establecido rendimiento lechero del trimestre.

—Pero sí puedes camuflar tan pequeña cantidad y hacer la prueba de *kumis* —dijo el veterinario Imat cortando su pensamiento.

—¡Tú estás loco!, Aptékov. Para que alguien se vaya de la lengua. ¿Quieres que me tachen de revisionista por tergiversar los principios del marxismo y que me manden al Lugar Apropriado?

Cuando Imat iba a responder, la puerta del despacho del presidente del *koljós* se abrió de par en par. Ismail Bayramov, sudoroso a pesar del intenso frío y con la respiración entrecortada, entró bruscamente diciendo:

—Corre hacia tu casa, Imat. Luba ha parido.

El parto de Luba Aptéкова no debería de ocurrir hasta bien entrado abril, que es cuando la interminable nieve comienza a diluirse y el sol lucha por salir de entre los grises nubarrones para imponer su esperado y fructífero reinado, dejando atrás los días oscuros y las noches eternas. Pero mira por donde, Luba, metódica y responsable como pocas, tuvo la ocurrencia de traer un crío en estos momentos a este mundo gélido.

—¿Es niño? —preguntó Imat a su primo Ismail, camino a su casa, entre los copos que no paraban de caer.

—No es niño, es niña.

—Vaya, además del inoportuno momento, es niña.

—Te la cambio por uno de mis tres hijos.

—Ni lo sueñes, Ismail —aclaró Imat con orgullo de padre nuevo.

En ese momento se acordó de la caída que tuvo ayer Luba cuando fue a recoger agua al lago. Debido a su estado, al intentar sacar el cubo desde el agujero hecho en la helada superficie, resbaló cayendo sobre su vientre. En principio no pasó nada, exceptuando unas ligeras molestias que tuvo durante la noche. Antes de salir para el *koljós*, Imat se quedó tranquilo al verla trajinar en la cocina con toda normalidad.

—El adelanto ha tenido que ser por la caída que tuvo ayer.

—¿Cómo fue eso?

—Luego te lo cuento. Acelera el paso, Ismail.

—Está en casa de tu madre —informó Ismail a Imat, pero éste al ver luz en su vivienda y totalmente oscura la de su madre, se dirigió a su casa.

Al entrar los dos hombres en el caldeado hogar, vieron como la bábuschka Saniá entregaba la recién nacida, lavada y embutida en un saco de color rojo, a su madre, que desde la cama reflejaba el esfuerzo del parto.

—Es una pajarita —dijo Luba sonriente.

—¿Cómo me has podido hacer esto? Yo esperaba un varón y no una pajarita —exclamó alterado Imat.

—Lo que tu Alá te ha mandado —sentenció Luba, cerrando los ojos. Sin responder al comentario Imat volvió a preguntar:

—¿Cómo ocurrió el adelanto? Cuando esta madrugada salí de casa estabas perfectamente.

La bábuschka Saniá, viendo la fatiga de su nuera, le explicó a su hijo que haría una hora, cuando la tormenta más arreciaba, Luba casi a rastras tocaba a la puerta toda descompuesta. Había roto aguas. Viendo la situación puso rápidamente agua a hervir y, con la ayuda de Sakirá, se preparó para el parto. Nada más venir la niña al mundo, apareció Ismail buscando queroseno. Tras la corta explicación se hizo el silencio, solo interrumpido por el agitar del viento helado. Al rato, la bábuschka Saniá reanudó el relato:

—Le pedí que fuera inmediatamente a buscarte. Entonces, Luba quiso volver a vuestra casa, yo me negué a ello; pero ante su insistencia, a pesar de mi desacuerdo, abrigué bien a la cría y cruzamos la calle. Eso ha sido todo.

—Sin lugar a dudas, la caída de ayer le ha provocado el parto prematuro —concluyó Sakirá, la hermana de Imat.

—¡Enhorabuena, Imat! —dijo eufórico Ismail—, tienes una sietemesina. Esto trae buena suerte.

—Si sale de esta —expuso afligido Imat viendo el pequeño bulto rojo encima de la cama.

—Si le dais calor, mucho calor, mi nieta saldrá —explicó la bábuschka Saniá.

Ante tal consejo, Imat fue hacia el baúl de madera que estaba a los pies de la cama y rebuscando entre la ropa sacó un gran gorro siberiano de muzjik. Sacudiéndolo, metió el pequeño bulto rojo en él, y llevándolo a la contigua habitación lo colocó sobre la repisa que tenía el fogón.

—Aquí estará la pajarita perfectamente.

Así estuvo la niña durante dos meses. Solamente la sacaban para darle de comer y cambiarle los pañales. Era como si no hubiera nacido. Ningún ruido hacía, apenas mamaba y ni se movía cuando le cambiaban los pañales, parecía una muñeca.

Luba Aptékova, totalmente restablecida, decía:

—Esta hija mía no vivirá mucho tiempo.

Pero vivió. Un día de primeros de abril, cuando el sol empezaba a derretir el manto blanco, un fuerte grito salió de la repisa del fogón.

—Anda, la nena no es muda —dijo asombrada Luba

—Sí, es cierto. Tiene voz —afirmó aliviado Imat—. Hoy la pajarita se ha convertido en niña. Mañana iré a Novospask a registrarla. Le pondré de nombre Jakimá como el de mi hermana mayor.

—¡Ilia! ¡Ni se te ocurra ponerle a mi hija el nombre de tu hermana! Elige Dasha u Olga —exclamó Luba tajante. Luba siempre llamaba a su marido por el nombre ruso. Sólo cuando estaba enfada con él le llamaba Imat, y si el enfado era de escándalo, Aptékov. Eso fue como le llamó para cortar la conversación ante la insistencia de su marido de imponer su decisión, basándose en mil y un argumentos. Argumentos que Luba soportaba con el enfado a cuestas, pero ante la petulancia de que la mujer debe someterse a la voluntad de su marido, estalló como un volcán añadiendo incluso el patronímico.

—Escucha bien, Aptékov Imat Garifulovich, porque te lo voy a decir una sola vez. No lo pienso repetir. Así pues, escúchalo bien: Dasha u Olga, o te vas con tu puñetera hermana.

Ante tan firme decisión, un pensamiento le cruzó raudo a Imat: «Meterme en litigio, donde seguramente perdería la casa y dejar de saborear el delicioso *borsch* que hace Luba por el capricho de ponerle a mi hija el nombre de mi hermana, hay que pensárselo». Tiempo tuvo de pensarlo. Luba, tomando a la niña salió de la habitación que hacía de cocina, comedor y recibidor dando un fuerte portazo. Encerrada en su dormitorio determinó no dirigirle la palabra a su marido hasta que cambiara de opinión.

«Si me hubiera casado con la tártara Alfia, estos inconvenientes no me pasarían. Pero mira por donde tuve que dar con esta rusa retorcida. Hay que reconocer que es limpia como pocas, muy trabajadora, hace el *borsch* como nadie y todo el vecindario envidia el olor a pan cocido que sale de la casa cuando toca hacerlo. Alfia no tenía esas cualidades, a ella sólo le gustaba tejer. Pasaba el tiempo haciendo bufandas de lana, que luego no sabía

dónde meterlas. No confeccionaba más que bufandas, otra cosa no sabía. Se justificaba diciendo que sólo le habían enseñado a hacer bufandas. Me quedé con ganas de que me hiciera unos buenos calcetines. Ella decía que tejer le calmaba los nervios, y eso de los nervios, es peligroso convivir con ellos. Acaso por ese motivo, cuando vi a la rusa Luba trabajando como una descosida en la factoría de pescado del lago Chany, quedé prendado de su actividad. El día que me acerqué a ella, le hice dos sencillas preguntas. Sus respuestas me gustaron. Cuando me aclaró que los nervios sólo se le desataban cuando la merodeaban los moscones como yo, me dije: Imat, vas por buen camino. La segunda respuesta me hizo definitivamente olvidarme de la tártara Alfia. Sabía hacer calcetines.»

Imat estuvo acompañado de sus pensamientos durante tres días. Los llevaba con él al trabajo, al club social, a la charlas con los vecinos, al huerto, a la sauna, a la mezquita, a la hora de comer e, incluso, a la hora de dormir. Al final, acompañado de una sonrisa maliciosa, decidió: «Un buen *borsch* y unos buenos calcetines bien valen un nombre ruso; pero todo tiene su apañó, le pondremos el nombre ruso de Olga, aunque yo la llamaré con el nombre tártaro de Orkoyá.» En aquellos momentos, Imat no pudo imaginar que, con el tiempo, por mucho que llamara a su hija Orkoyá, la niña nunca respondería a sus llamadas, como si su padre quisiera hablar con alguien distinto de ella.

Con la idea de llamarla Orkoyá, al cuarto día tomó el caballo del *koljós* para ir al registro de Novospask. Tras cabalgar casi la docena de kilómetros que separa ambos pueblos, se dirigió al Soviet local. Allí, la secretaria Elena Maximovna, le amonestó malhumorada:

—Ilia, ¿cómo se te ocurre venir con dos meses de retraso a registrar a tu hija?

—¿Cómo iba a venir a registrar a una pajarita que no estaba seguro de que pudiera vivir?

—Aunque hubiera vivido un minuto, hay que registrar. ¡Los protocolos de actuación son los protocolos de actuación! —exclamó enfurecida la secretaria.

—¡Los protocolos!, ¡los protocolos! ¿Sabes hasta dónde estoy de los protocolos, Elena Maximovna?

—Hasta donde tú quieras, Ilia Garifulovich, pero ellos son los que nos rigen; y como tal, tienes que cumplirlos, y si no los cumples como has hecho en este caso, debes pagar una multa de cien rublos. Cincuenta por cada mes.

—¡Estás loca, Elena Maximovna!

—Loca o no loca, paga si no quieres pasar a mayores.

Pasar a mayores era sentencia muy seria. Ante ello, Imat calló la protesta y dijo humildemente: —Qué le vamos a hacer, si los protocolos dictan esta barbaridad. Mañana te traeré el dinero.

—De acuerdo —asintió la secretaria algo más sosegada— ¿Qué nombre vas a ponerle a tu hija?

—Aptékova Olga Imatovna —dijo Imat, sobreponiéndose a la otra concesión que tuvo que soportar en tan poco espacio de tiempo—. Pero yo la llamaré Orkoyá.

—Llámalas como quieras, pero no te olvides volver mañana a pagar la multa.

Para colmo de fatalidades, desde que Aptékova Olga Imatovna diera el primer grito, pronto empezó a demostrar que tenía voz, una voz fuerte y repetitiva que no dejaba en paz a los moradores de la casa. Imat protestaba constantemente, echando de menos el silencio de los meses pasados. Pero dejó de protestar desde que su mujer se lo hizo entender. Fue una noche en que, con el enfado a cuestas porque definitivamente la producción de *kumís* no iba a efectuarse tras la negación de Iuni Pioner de continuar con el trámite, empezó a gritar como un energúmeno a la pequeña Olga para que dejara de llorar.

—¿Preferías que tu Alá te la hubiera enviado muda? —Preguntó Luba en defensa de su pequeña.

Ante sentencia tan terrorífica, Imat comprendió. Desde entonces, no volvió a quejarse. Los días pasaban estoicamente para Imat con el chirriante llorar de Olga, pero al comprobar que una tupida alfombra verde iba apareciendo de entre la capa de nieve, pensó: «Ahora es el momento de plantar el abedul en honor a mi hija, la llorona. Seguro que sus balsámicas hojas le suavizaran el llanto». Dicho y hecho, fue al bosque, recogió la mejor cepa que vio y la plantó junto a la puerta de la entrada. Pasados un par de meses, Saniá, al darse cuenta de que la planta que crecía a la entrada de su hijo era un abedul, le increpó.

—¡Estás loco, Imat! ¿Cómo se te ocurre plantar un solo abedul? No ves que por plantarlo sin compañía, la niña no arraigará en esta tierra. Buscará su pareja en otros lugares.

Imat estaba apilando los troncos de leña que cortaba para el invierno próximo. Paró la labor y secándose el sudor de la frente, le respondió:

—Tú y tus fábulas de siglos pasados. Madre, estamos ya en el siglo veinte.

—La naturaleza de las cosas no tienen tiempo ni lugar. Siempre es la misma en todo momento. Has cometido una imprudencia, que Alá quiera que no la sufras.

—Bueno, mañana plantaré otro abedul junto a éste —prometió Imat para salir airoso ante la amenaza de su madre.

—Llegas tarde, hijo. Eso deberías haberlo hecho al mismo tiempo.

—Si ya no hay remedio, ¿qué le vamos a hacer? Alá proveerá —concluyó Imat incrédulo, y tomando un tronco se preparó para partirlo.

—Hijo, considera las palabras de tu madre —le dijo Garifulá, que oyó la conversación camino hacia su casa.

—Padre, ¿no sabía que también tú te arrimas a estas supercherías? —le contestó dejando de nuevo el trabajo.

—Ni me arrimo ni me dejo de arrimar, pero tu madre es sabia en las cosas del misterio.

—Entonces, te diré lo que le dije a madre. Alá proveerá.

—Que así sea —contestó Garifulá cruzando la calle a paso lento junto a su esposa para entrar en su domicilio.

Sin pensar en las cosas del misterio, Imat siguió con su labor. Tenía que aprovisionar el hogar de calor y más ahora que una debilucha pajarita estaba bajo su responsabilidad. Los escasos meses de verano y principio de otoño había que aprovecharlos para prepararse para el largo y crudo invierno de Siberia. A finales de junio los habitantes de Kurupkaevka se desperdigaban por el bosque como hormigas para recoger los diminutos frutos, con los que, tras laboriosa limpieza, confeccionaban la deliciosa mermelada llamada *vareñie*. Hacia octubre, Luba se tiraba tres días cortando repollo en trozos menudos, que luego metía en un tonel con sal. Una vez repleto, ponía un gran peso sobre la tapadera, para que soltaran su jugo. Pasados unos días, retiraba el peso y removía con fuerza la masa del repollo. Satisfecha de cómo había quedado la *kapusta*, con ayuda de su marido sacaba el tonel afuera para que el frío que no tardaría en aparecer la congelara. Luba no paraba de trajinar en estos días en que el sol lucía sobre la estepa siberiana, donde vagaban felices a sus antojos los *kamarí*, mosquitos hambrientos de sangre, martirizando a las sufridas vacas y a cuanta carne viviente encontraban en su deambular. Desde las primeras luces del alba hasta que la tarde lánguidamente desaparecía entre las copas de los abedules del bosque, Luba iba aprovisionando el *pógreb* o despensa situada bajo la trampa del suelo de la cocina. Allí, reservadas de la humedad, se acumulaban patatas, ristras de cebollas, ajos, zanahorias, botes de

tomate precocinados y de pepinos sazonados, setas, tarros y más tarros de *vareñie* y de todo alimento necesario para pasar el interminable invierno. Un domingo al año, antes de que vinieran las nieves, Imat y Luba iban al mercadillo de Barabinsk a vender las setas que habían cogido de más. Las metían en dos toneles que transportaban en el carro que comprara Imat cuando se casó con Luba. Salían antes del amanecer y regresaban bien entrada la noche.

La aldea de Kurupkaevka estaba entre un pequeño lago y un bosque de abedules. Tenía un *koljós* y dos calles con dos filas de casas cada una. Una empezaba cuando terminaba la otra. En el amplio terreno que las dividía se encontraba la casa solitaria de la *bábuschka* Anastasia, el club social con su campo de deportes y la mezquita, cuya fachada posterior se adentraba en la calle paralela, justo frente al *magazín*, donde los aldeanos adquirían pan, jabón, velas, queroseno, latas de conservas y todas aquellas cosas que necesitaban para vivir. Serían unas doscientas casas. Las de los kazajos se arremolinaban al principio de la calle situada junto al lago; el resto de las casas estaban habitadas por tártaros, mezclados con algunas familias rusas. La mezcolanza de tártaros, kazajos, rusos y algún que otro altái era lo usual, de la misma forma que lo era la religión. Bien claro indicaba la señal de la media luna que había a la entrada de la aldea que Kurupkaevka era un pueblo musulmán, donde el Corán se mezclaba pacíficamente con las letanías del cristianismo ortodoxo. Con lo que ya no se mezclaba tan pacíficamente era con los mandamientos que emanaban del Kremlin. Estábamos en los años finales de la era Krushev. La era de Stalin, tras el corto periodo de Malenkov, había quedado atrás y sus excesos denunciados. A pesar de ello y de que la represión sobre la sociedad se relajó, una orden fulminante convulsión a la aldea: La mezquita tenía que convertirse de inmediato en escuela. A pesar de la oposición del mulá Amir Azbákov, el mandato fue obedecido, no sin antes discutir hasta la saciedad.

—No demos más vuelta al asunto, que no tiene importancia. Esto es lo que hay —concluyó Pavel Danilov, presidente del Soviet de Novospask, del que dependía la aldea de Kurupkaevka.

—Para ti, que eres un descreído, no tiene importancia. Pero la tiene y mucho —se defendía desalentado el mulá.

—Lo que no se le ocurrió al monstruo, se le ocurre a su sucesor —dijo Asatúlin Said, con la misma desazón que Amir.

Danilov, harto de oír la misma cantinela, alzó la voz mientras se levantaba para salir:

—Escuchad bien lo que digo. Podemos decir que ambos dirigentes son monstruos de la misma madre, podemos decir que soy un descreído y podemos estar discutiendo hasta que se muera Kruschev. Pero, mañana empezamos la obra de acondicionamiento de la escuela.

—Que así sea —dijo resignado el mulá—. Pero ten en cuenta, despiadado Danilov, que Alá es el más grande.

—En los cielos, amigo Amir, porque en la tierra ya sabemos quién es el más grande —finalizó Fitkúlin Míngali, que había permanecido mudo durante toda la reunión.

La obra fue sencilla. Consistió en levantar dos muros que dividiera la sala de la mezquita en tres aulas. Una para los párvulos, otra para los medianos, y la última para los mayores. Así pues, cuando el curso empezó el primero de septiembre, los escolares que habían estado apiñados en el salón de actos del club social, pasaron de lleno a la que fue la mezquita. Pero la cosa no quedó ahí. Que la mezquita, lugar de oración, se convirtiera en la escuela, para los musulmanes no era fácil de asimilar. Un continuo ronroneo de malestar les recorría el estómago.

Acaso este fue el motivo de que la tártara Fayrusa Asánova no pudiera encender la estufa que calentaba las tres aulas cuando los fríos empezaban a aparecer. Por más que intentaba prender la cerilla no conseguía encenderla. Era como si un soplido que viniera del más allá la apagase. Al principio Fayrusa lo achacó al viento. Pero, tras comprobar que no había viento y la puerta estaba cerrada, comenzó a inquietarse buscando otra explicación. Explicación que encontró en la humedad. Sin amilanarse y tras gastar casi todas las cerillas de la caja, sin fruto alguno, se dirigió a su casa en busca de fuego. Con una vela bien gruesa y con fuerte luz, atravesó la corta distancia desde su domicilio a la escuela. Pero, al llegar allí e intentar inflamar la estopa para que prendiera a los troncos de leña, la vela se apagó haciendo un ruido extraño, al tiempo que un tronco se desprendió de la pila dándole en medio de la cabeza. Entonces, la leve inquietud que sentía por estar profanando un lugar sagrado para la oración se convirtió en pánico, haciendo que Fayrusa Asánova saliera despavorida del lugar.

La historia corrió rápidamente por toda la aldea, pero nadie quería comprobarlo por sí mismo. Tuvo que ser el propio mulá quien lo intentara, acompañado de la curiosidad de los vecinos. Comprobó que los troncos no se movían, pero las cerillas no prendían. Al final, tras varios intentos, acompañados con invocaciones a Alá, la estopa pudo ser encendida con un candil. Todos marcharon aliviados a sus casas.

Pero a Fayrusa el alivio le desapareció a la mañana siguiente, cuando al acercar la estopa al candil, éste misteriosamente se apagó. El miedo le recorrió otra vez todo el cuerpo, huyendo despavorida en busca de su marido.

—Ayúdame Alexéi. Seguro que tú, al no ser musulmán, sí puedes encender la estufa.

Alexéi Asanov, que estaba en el huerto recogiendo coles, dejó el azadón y acudió en ayuda de su mujer. Pero aunque Alexéi no fuera musulmán, la puñetera estopa no prendía por nada del mundo. Tanto insistió Alexéi en encender la estopa, que los troncos, comenzaron a saltar como si fueran ranas desbocadas. El matrimonio salió en estampida, y él, plantándose ante el mulá, le dijo exaltado:

—Escucha bien Amir, si quieres que la estufa funcione, enciéndela tú. Ni mi mujer ni yo volveremos a pisar la escuela mientras no expulses a esos demonios que no quieren salir de la mezquita.

—Mide tus palabras, Alexéi, la mezquita nunca ha tenido demonios. Son los espíritus buenos, que no permiten que un lugar santo se convierta en escuela.

—Lo que tú quieras Amir, pero aquí tienes las llaves de la escuela.

Como ni Asatúlin Said ni Fitkúlin Mingali ni nadie más quiso hacerse cargo de encender la estufa, el propio mulá no tuvo más remedio que hacerlo él. Pero hartado de ser él, quien tras cansinos intentos e invocaciones al Altísimo tuviera que encender todas las mañanas la maldita estufa, se personó en Novospask.

Poniendo con energía la botella de vodka encima de la mesa del presidente Danilov, le increpó diciéndole:

—Lo ves, descreído de los demonios, lo ves. Los santos lugares no pueden ser profanados por más órdenes que dicten los ateos del Kremlin. La estufa solamente puede ser encendida por mí si invoco la gracia de Alá.

Danilov, sin inmutarse lo más mínimo, le gritó a la secretaria:

—Elena Maximovna, trae dos vasos, que el mulá Azbákov y yo vamos a discutir amablemente.

La discusión transcurrió con la misma precipitación que desaparecía el incoloro licor. Al cuarto vaso, Azbákov, no habituado a estos menesteres, empezó a aplacar su furia y a confundir las ideas.

—Bien te aprovechas de que no bebo alcohol.

—Menos mal que no bebes, Amir, si no ya te habrías ventilado la botella.

—No digas majaderías, Pavel Borisovich. La cosa no está tan clara de quién ha bebido más, si tú o yo. Lo único que sé es que ya le vemos el culo a la botella y aún no me has esclarecido nada del asunto por el que he venido. Eres un maestro en confundir al personal con tu palabrería hueca y con la ayuda de este brebaje del demonio.

—No me seas hipócrita, camarada Amir —contestó algo cargado Danilov— ¿Para qué narices has traído este excelente *Moskovskaya* hecho en Moscú y no la bazofia de provincia que bebemos?

—Hipócrita tú, camarada Pavel. Te voy a hacer una pregunta que seguramente no vas a contestarme: ¿Me hubieras recibido si no vengo con la botella por delante? ¿Eh, camarada Pavel? —preguntó el mulá apartándose del adecuado tratamiento.

Como el camarada Pavel se quedó dubitativo ante la pregunta, el mulá Azbákov aprovechó el momento:

—Tu silencio te delata, camarada Pavel. Por ello he traído este brebaje del demonio, aun sabiendo que con ello incumplo uno de los mandatos del Corán. Pero el sacrificio que estoy haciendo tiene una buena causa. Tú, con tu decisión de transformar la mezquita en escuela, has ocasionado el enfado de los espíritus buenos que defienden el santo lugar. Eres, por tanto tú, quién tienes que solucionar este problema.

Danilov, totalmente embebido de los principios marxistas, vio la ocasión para demostrar a los fanáticos creyentes la inutilidad de creer en un Dios. Así, rellenando los dos vasos con lo que quedaba de licor, dijo sesudamente, mientras se bebía de un trago el vodka.

—Mañana os demostraré vuestra necesidad.

Hacia Kurupkaevka iba Amir Azbákov meditabundo, con la tripa reuelta y con un dolor de cabeza inaguantable. El traqueteo del carro que el *koljós* le había dejado para el viaje, acentuaba el sufrimiento. El día era espléndido, aún no habían aparecido los fríos intensos, y el sol, aunque tenue, confortaba el camino de vuelta. Los almiares, amontonados en sus campos, imprimían una pincelada ocre en el intenso verde de las praderas y entre los grupos de abedules que les rodeaban. El mulá daba por bien empleado el viaje, la discusión con el presidente y el haberse bebido media botella de vodka, si al final el descreído Danilov solucionaba el problema de la estufa. Lo malo, se decía, sería que el marxista no cumpliera su palabra, a pesar de haber compartido con él ese alcohol de los demonios.

El caso es que tal como prometiera el ateo Danilov, al día siguiente se presentó con su desvencijado Gázik en la aldea de Kurupkaevka. Le acom-

pañaban el camarada Iván Ivanovich y la secretaria Elena Maximovna. La planicie a la entrada de la escuela estaba repleta de expectantes vecinos con sus niños. Seguido del camarada Iván Ivanovich y de la secretaria, Danilov, con la cabeza alzada y la seguridad de su poder, caminó altanero por el sendero que iba abriendo la respetuosa multitud. En la puerta le esperaba el mulá Azbákov.

—¿Dónde está la estufa? —preguntó el presidente del Soviet.

—Ahí la tienes —indicó el mulá.

Mientras la multitud iba entrando y esparciéndose por el recinto, Danilov, engreído, extraía de su bolsillo la caja de cerillas color marrón oscuro, y la abría parsimoniosamente. Sacando una, la encendió al primer intento. Sin perder la compostura, se agachó para recoger del suelo un trozo de estopa, que prendió teatralmente. Sin más, acercó la estopa a la madera que rápidamente comenzó a arder. Cerró la puerta de la estufa, y se dirigió a los curiosos aldeanos, que se apiñaban en la pequeña entrada:

—Aquí tenéis la prueba de vuestra ignorancia. Y yo os pregunto: ¿Para qué hicimos la revolución del proletariado si no para sacaros de vuestra incultura y miedos ancestrales, que os han perseguido desde la cuna? Escucha bien Azbákov, y escuchad bien todos aquellos que como el mulá estáis convencidos de que esos espíritus que llamáis buenos defienden a la mezquita de la cultura y del conocimiento que el marxismo quiere imponer para bien de la Humanidad. O ¿es qué los muchos años de luchas y de sufrimiento, los millones de mártires por la noble causa de la revolución comunista y el ingente trabajo de nuestros dirigentes solo merecen vuestro desagrado e incomprensión?

El mulá, avergonzado había enmudecido. Ante la poderosa elocuencia del marxista no encontraba respuesta ni debía buscarla. Aunque los tiempos del estalinismo habían pasado, no era prudente responder. Además, ¿qué objetar si encendió la estopa al primer intento? Lo único que tenía que hacer era callar y esperar a que el inflado Danilov terminara su discurso y se marchara a Novospask. Pero el engreído Danilov no pensaba terminar su discurso tan rápidamente. No había recorrido las trece *verstas* que separan a ambos pueblos para encender una simple estufa. Tenía que demostrar su valía personal y la valía de la doctrina comunista. Así pues, sacando pecho y alzando su corpachón, continuó aleccionando a los pasivos campesinos de Kurupkaevka.

—¿Hay algo más noble que luchar por liberar al hombre del yugo opresor de un pretendido ser superior que manipula vuestra voluntad me-

tiéndoos en el cuerpo el miedo a un más allá inexistente? El filósofo Engels dedicó muchos desvelos a explicar por qué nuestra concepción humana no deja el menor resquicio a un creador, ni a un regente del Universo. La religión no es más que una fantasía que metieron en la mente de los hombres los poderes arcaicos que os han gobernado durante siglos; y que desaparecerá del todo cuando la sociedad se emancipe de ellos, gracias a la revolución comunista. Marx, el filósofo más importante de la historia de la Humanidad, el padre que abrió nuestra mente a una nueva era, lo dejó bien claro cuando dijo que la religión es el opio del pueblo, el suspiro de la criatura oprimida, el corazón de un mundo sin corazón —Danilov hizo una pausa. Con alivio, el mulá Azbákov y muchos con él creyeron que el discurso había concluido pero, para desgracia de ellos, el presidente continuó con su perorata—. Y Lenin, nuestro siempre amado líder, también dejó bien claro que la religión es una especie de alcohol espiritual en el que los esclavos sometidos por el capital hunden su condición humana y sus aspiraciones a una vida digna. Pero incluso fue más lejos en su exacta interpretación sobre esta falacia: Toda idea de Dios, y más aún el simple coqueteo con la idea de Dios es de indecible vileza. Espero que con estas palabras, vuestras obtusas creencias en espíritus buenos y dioses vayan difuminándose de vuestros pensamientos —y, alzando poderosamente la voz sin apartar su fría mirada del mulá, amenazó—. ¡Camaradas *koljosianos* de Kurupkaevka! Tened presente que la revolución comunista ha tenido bastante consideración con vosotros. Tanto el camarada Stalin, como el camarada Malenkov os toleraron vuestras idioteces, y si ahora, el camarada Krushev, con buen criterio, ha dictado que la mezquita se convierta en escuela, para que vuestros hijos tengan acceso a una educación que les liberará de estas creencias inútiles a las que vosotros estáis sujetos, tenéis que agradecerlo y no criticarlo, porque se os está dando una oportunidad. La oportunidad de tener cabida en la madre Rusia dirigida sabiamente bajo los principios marxistas. Cabida que no tenéis con los principios del Corán, al que estáis sujetos. El Corán y la legislación islámica que emana de él, reduce simplemente a los hombres en dos clases: en fieles y en infieles. El infiel es el enemigo. Yo, el camarada Krushev y todos los buenos marxistas somos enemigos. Entonces, ¿qué podemos hacer con aquellos que nos consideran enemigos? ¿Eh, amigo Amir? Dime, ¿qué podemos hacer?

Amir Azbákov, descompuesto, le contestó con cierto balbuceo:

—Bien sabes, amigo Danilov, que nosotros cumplimos fielmente las sabias decisiones que emanan del Kremlin.

—Y más os vale cumplirlas —apostilló el camarada Ivan Ivanovich.

El presidente Danilov, satisfecho de su discurso y del miedo metido en el cuerpo al mulá y a sus acólitos, percibió cómo calaban sus palabras en los aldeanos de Kurupkaevka, que permanecían callados asintiendo temerosos con sus cabezas. Sin más, terminó con el cumplimiento de rigor:

—¿Alguna objeción que añadir a lo dicho?

Y como nadie levantó la mano para objetar, al tiempo que le daba la caja de cerillas con la que pudo prender la estopa, se dirigió al mulá diciéndole:

—Toma, mulá Azbákov, y olvida de una vez por todas tus fábulas divinas.

Danilov, seguido del camarada Iván Ivanovich y de la secretaria Elena Maximovna partieron en el desvencijado Gázik, dejando a los habitantes de la aldea sumidos en un mar de confusiones.

El mulá Azbákov, saliendo de su mutismo y maldiciendo haber compartido la botella de vodka con un descreído de tal envergadura, miró la caja de cerillas que Danilov le había entregado, y dirigiéndose a Fayrusa Asánova, le dijo:

—Fayrusa, como guardesa de la escuela, te devuelvo las llaves, junto con la caja de cerillas que me ha dado Pavel Borisovich. No temas, pues al parecer los espíritus de lo que fue mezquita han desaparecido ante las poderosas palabras pronunciadas por presidente del Soviet.

—¿Y si vuelven los espíritus? —dudó la guardesa.

—No te preocupes, mujer. Seguro que no vuelven.

Razón tuvo el mulá. Los espíritus o lo que fuera no volvieron a importunar a Fayrusa. Así, todos los días a las seis de la mañana la guardesa encendía la estufa sin contratiempo alguno, para que los niños de la aldea, que entraban a las ocho, pudieran estar al abrigo de los fríos que ya se acercaban a pasos agigantados.